

COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

Nada resiste a la alegría de vivir. Libre discurso sobre la libertad soberana

Raoul Vaneigem



COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

**Nada resiste
a la alegría de vivir.
Libre discurso sobre la
libertad soberana**

Raoul Vaneigem



128

V128n

Nada resiste a la alegría de vivir. Libre discurso sobre la libertad soberana / Raoul Vaneigem. -- Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Cooperativa Editorial Retos; Guadalajara, Jalisco: Cátedra Jorge Alonso: Universidad de Guadalajara, 2022.

46 p.-- (Colección Al Faro Zapatista).

ISBN Colección: 978-607-8800-20-9

ISBN: 978-607-8800-36-0

1. Resistencia 2. Libertad 3. Ayuda mutua 4. Vida 5. Pandemia 6. Desobediencia civil 7. Capitalismo.

Primera edición digital: enero de 2022

© Cooperativa Editorial Retos

Cuidado de la edición: Inés Durán Matute, Xochitl Leyva Solano, Sofía Carballo y Lola Cubells

Corrección de estilo: Inés Durán Matute, Xochitl Leyva Solano, Sofía Carballo y Julio Diez

Imagen de portada: *Bienvenidos*, acuarela de Paola Stefani

Diseño de colección, portada y diagramación de interiores: Sofía Carballo

CLACSO – Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 / C1023AAB Ciudad de Buenos Aires / Argentina /

Tel. [54 11] 4304 9145 / Fax [54 11] 4305 0875

<www.clacso.org> / <clacso@clacsoinst.edu.ar>

Cooperativa Editorial Retos

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

<<https://editorialretos.wordpress.com/>> / <gtcutter2016@gmail.com>

FB: <Retos Nodo Chiapas>

Cátedra Jorge Alonso

Calle España 1359, 44190, Guadalajara, Jalisco, México

<<http://www.catedraalonso-ciesas.udg.mx/>> / <occte@ciesas.edu.mx>

Universidad de Guadalajara

Av. Juárez 976, Col. Americana, 44100, Guadalajara, Jalisco, México

<<https://www.udg.mx/>>

Este libro ha sido dictaminado por pares anónimos, quienes garantizan su calidad, actualidad y pertinencia.

Hecho en Chiapas, México / *Made in Chiapas, Mexico*

CONTENIDO

Nada resiste a la alegría de vivir. Libre discurso sobre la libertad soberana	7
Lo imposible de ayer es lo posible de hoy	7
La perspectiva de vida es la creación de sí y del mundo	20
Restaurar nuestra unidad perdida es lograr la superación de lo que nos separa de nosotros mismos y del mundo	30
¡Desobediencia civil!	39
Acerca del autor	44
Acerca de la colección	45

NADA RESISTE A LA ALEGRÍA DE VIVIR. LIBRE DISCURSO SOBRE LA LIBERTAD SOBERANA

Raoul Vaneigem¹

*A los zapatistas, a los chalecos amarillos,
a las y los insurgentes que por dondequiera en el mundo
oponen la vida a la economía que la mata.*

Lo imposible de ayer es lo posible de hoy

En su informe a la Convención, Saint-Just declaraba en 1794: “Que Europa se entere de que ya no quieren más infelices ni opresores en territorio francés; que este ejemplo fructifique en la Tierra, que en ella se proponga

¹ Traducción: Propalando.

el amor a la virtud y la felicidad. La felicidad es una idea nueva en Europa”.

¡No más desgraciados, no más opresores en territorio francés ni sobre la faz de la Tierra! Esto puede suscitar resoplidos de incertidumbre y condescendencia, al menos mientras no se tenga conciencia de que la realidad consigue echar abajo los prejuicios más sólidamente amarrados en el pasado.

El sueño de una sociedad igualitaria no ha dejado de conmocionar a generaciones desde la instauración de la sociedad jerárquica que marca con su sello infame el acta de nacimiento de la civilización agromercantil.

La explotación del hombre por el hombre se ha identificado como algo tan natural que, durante mucho tiempo, ha pasado por eterno. La leyenda de entidades divinas, revestidas de autoridad absoluta, ha doblegado el cuerpo y la mente a la voluntad de un grupúsculo de príncipes y sacerdotes, titulares autoproclamados de un mítico mandato celestial.

El encarnizamiento espiritual y temporal por mutilar a hombres y mujeres —para después venderles muletas— otorgaba a la sujeción de los pueblos un carácter irrevocable. Fue necesaria la Revolución francesa para quebrar el yugo que obligaba al pensamiento a arrodillarse; en sus intenciones fue subversiva.

Si la derogación del Antiguo Régimen no abolió ni la desgracia de la criatura oprimida ni el sometimiento del esclavo a sus amos, al menos rompió con el fatalismo que achacaba a una impotencia inicial —a una malformación ontológica del hombre y la mujer— la necesidad de un Dios, de un guía tutelar, de un gran timonel, de un padre-

cito de los pueblos. Quebró las cadenas que el dogma de lo imposible había forjado en el transcurso de los siglos.

Ya no queremos una existencia podrida por el pensamiento de muerte. Durante siglos, el *memento mori* ha rondado los debates públicos y privados. Hombres y mujeres sobrevivían, lúgubres, rabiosos, confinados en las antesalas de la muerte. La Revolución francesa les enseñó que otro mundo era posible. Desde entonces, sabemos que el vasto campo de los deseos del corazón se ha abierto ante nosotros. El sueño de una vida verdadera ha empezado a descubrir territorios en ciernes. La poesía hecha por todos y todas es un camino que se abre en presente.

En cambio, al mismo tiempo que la voluntad de emancipación prospera, los sobresaltos rabiosos del conservadurismo —derecha e izquierda confundidas— nos golpean de lleno. Nos toca comprender hasta qué punto nos falta audacia para anteponer nuestros deseos a la dictadura del poder y la ganancia. ¿Tendremos que morir de no vivir para darnos cuenta de que los que gestionan nuestras existencias las canceran?

Quemar los papeles de nuestras pseudoidentidades. ¿Qué esperamos para destruir, no a los hombres de un sistema opresivo, sino sus herramientas, buldóceres y excavadoras de la devastación lucrativa? ¿Qué esperamos para bloquear la gran trituradora de lo vivo creando y multiplicando zonas de resistencia y gratuidad? ¿Para cuándo el tiempo y la tierra serán libres donde, en homenaje a Albert Libertad, quemaremos los papeles de una identidad burocrática y estadística que para nada necesitamos?

Luchar por una felicidad real, no por una felicidad ficticia. Como marca de las ironías de la historia, ¿no vemos repe-

tirse en nuestros días —de modo paródico— el entusiasmo que en vísperas de la revolución sintieron los filósofos de la Ilustración en su búsqueda de la felicidad natural y del buen salvaje que supuestamente debiera alcanzarla?

Cuando la pauperización amenaza con apagar el neón de los supermercados y ponerle fin a la venta publicitaria de los placeres, todo un pueblo colonizado y obnubilado durante décadas por el corazón artificial de una sociedad sin corazón se ve privado de los consuelos del *tener*, supuesto paliativo de las deficiencias del *ser*.

Acostumbrado a ver en los mendigos de las ciudades y campos nada más a un gentío versátil y manipulable, de repente el *Poder* se vio confrontado por un pueblo que supo protegerse contra la captación populista. Zapatistas, chalecos amarillos, insurgentes de pueblos, barrios, plazas públicas y rotondas forman —rompiendo con el gregarismo tradicional— asambleas de individuos rebeldes que parecen buenos salvajes, algo inquietantes, incontrolables e incomprensibles porque, a decir verdad, son inasibles.

Su apacible irrupción estremece a los acoquinados de arriba. ¡Es una lástima que los gobernantes exorcicen su terror redoblando la violencia vindicativa contra cualquiera que rechace retorcerse por más tiempo en el barreño de la servidumbre voluntaria!

Ante el inexpriable crimen de rebelión, la camarilla de la incompetencia autoritaria atizaría con gusto las brasas de la guerra civil si la prudencia no le exigiera ceñirse a escenificarla, para evitar —nunca se sabe— el bombardeo del Elíseo y los guetos ricos por algunos *desperados* manejando drones y morteros.

El capitalismo es presa de su autodestrucción. Se trata de un hecho significativo en el que apenas se ha insistido. En su triunfo, el capitalismo deja en el terreno conquistado con qué debilitarlo y destruirlo. Aunque el fenómeno ocurra a sus espaldas y a su pesar, para nada es reciente; consideremos el libre comercio que, en el siglo XVIII, a raíz de su victoria contra el Antiguo Régimen, favoreció una libertad de pensamiento que le daría muchos quebraderos de cabeza.

a) ¿Qué hay de los golpes a la combatividad de los trabajadores? ¿Y del izquierdismo que no ignora cómo la burocratización del movimiento obrero ha minado la conciencia de clase? Al saldar la felicidad a bajo precio, la colonización consumista acaba de laminar al proletariado. Este regresa a su antiguo estado de plebe, antes de los primeros intentos de organización, durante el auge industrial del capitalismo.

¿Qué es la plebe? Un rebaño al que se engatusa con pan y juegos y al que se fusila cuando se subleva. Le ciega la emoción y cualquier ambicioso lo lleva sin esfuerzo donde quiere. Así percibieron de entrada los buenos espíritus de izquierda el movimiento de los chalecos amarillos, antes de reconocer su error y correr de concentración en concentración para subirse al tren en marcha. Los mismos buenos espíritus se adhieren hoy al pasaporte sanitario obligatorio. En nombre de la salvación común, ilustran brillantemente el Abecé de la neolengua: la esclavitud es la libertad.

Era necesario no sentir nada de la angustia universal para no adivinar, bajo el rechazo de un impuesto, la exacerbación generalizada de un *Ya basta*, de una *Y ahíta*.

En vez del esperado populismo, de repente hemos visto reavivarse, propagarse, consolidarse redes de ayuda mutua. De hecho, la aspiración de hacer del hombre y la mujer auténticos seres humanos nunca dejó de estar en el centro de las iniciativas revolucionarias, siempre constituyó el núcleo radical de las insurrecciones pasadas. El proyecto de una sociedad sin clases, como lo habían concebido Babeuf, Marx, Bakunin, Reclus y algunos más, no ha hecho más que darle una forma histórica pasajera a esta resolución irrefutable que, sin jefes, sin jerarquía, ilumina el mundo de las insurrecciones sociales y existenciales.

b) Mientras la máquina trituradora de lo vivo privilegiaba el puritanismo y predicaba las virtudes del sacrificio, el capitalismo consumista ha logrado popularizar, en sentido contrario, un hedonismo de mercado. Ha contribuido sin querer a rehabilitar el disfrute, a desculpabilizarlo, a alimentar una creciente hostilidad hacia la austeridad patriarcal, pilar de apuntalamiento de la jerarquía social.

c) Objeto de una publicidad promocional desenfrenada, la felicidad parecía una idea nueva. Era una idea abstracta, una idea vacía de su sustancia carnal, pero su vacuidad interrogaba. Despertó una conciencia crítica que descascaró la mentira sin esfuerzos. Liberó una verdad que podemos resumir como sigue: el dinero estropea todo lo que toca; lo que se paga, se pudre.

A medida que la pauperización agrava la crisis del *tener*, trabaja en la rehabilitación del *ser*. Una vez adquirida la idea de que la gratuidad es el antídoto del capitalismo, no queda más que practicarla.

d) Por último, se plantea la pregunta: ¿qué perdemos al perder el paraíso monetizable y adulterado de la “gran

distribución” que caricaturiza la abundancia edénica? La modesta propuesta de recuperar el sabor de los productos naturales, aunque sirva de etiqueta a la ecología mercantil, ofrece una práctica autogestiva a las colectividades locales, que le pondrá fin a la contaminación agroalimentaria y a la plastificación de frutas y verduras. El regreso a los huertos colectivos, donde nos jardineamos en vez de hostigarnos, inventa una “revolución hortícola” que tiene el mérito de proponer, sin una retórica amotinadora, una respuesta risueña y llena de humor a la revolución agraria de la que nació la civilización mercantil.

La desesperación hace la fuerza de los tiranos. Mostramos a menudo una complacencia desoladora hacia lo que nos deshace, aburre, oscurece, desvaloriza, aniquila. Para la mirada ensombrecida, los destellos de esperanza no son más que efímeras y engañosas chispas.

Habitualmente, el malestar y la enfermedad dan más importancia a la existencia que las celebraciones festivas de lo vivo. Esta inclinación poco nos ayuda a deshacernos de la miseria opresiva. Sin embargo, la mayoría de las luchas contra el capitalismo se emprenden en nombre de la lucidez —de la luz—. ¿No es una terrible declaración de impotencia presentir la derrota antes de emprender la lucha? Si nos confinamos a la sombra de la muerte, ¿cómo descubrir la verdadera vida?

¿No es aterrador que la razón y la imaginación se centren en la peor de las opresiones, cuando tienen plena libertad para explorar los inmensos territorios que ofrece la vida a quienes sienten en sí mismos y en el mundo sus pulsaciones? Ya que si todo lo sabemos sobre la tediosa sobrevivencia y la larga agonía que la tecnología bioespe-

culadora se esmera en hacer perdurar, por el contrario, nuestra existencia se mantiene en la ignorancia casi total de nuestros impulsos vitales, pues el trabajo, el poder y la ganancia los desvían e inhiben.

La estrategia del caos, a la que recurre el capitalismo para realizar impunemente sus operaciones de destrucción de la tierra, del agua, del aire, de lo vivo, da lugar al pánico organizado bajo el pretexto de una epidemia real y ficticia a la vez.

En vano buscaríamos en la historia una época donde la deficiencia mental se haya erigido tan gloriosamente en principio de gobierno. Nunca tanta razón y sinrazón alcanzaron este pico de aberración: renunciar a vivir para no morir.

So pretexto de un virus —menos peligroso por sus inquestionables estragos que por su ampliación mediática—, los gobiernos han convertido a hombres, mujeres y niños en criaturas temerosas que corren a arrinconarse en las casetas de su miserable existencia.

¡Ahora, imagínense que un gigantesco reflujo invierte la reacción de pánico que ha cegado las conciencias, pisoteado el sentido común y agotado la paciencia de las cobayas amenazadas de vacunación permanente! ¿Hablarán de delirio infantil, ustedes que se tragan sin más el comedido de la sentenciosa chochez de sus amos? ¡Pero, oigan! ¡Cuidado con lo maravilloso de la infancia, cuidado con el renacimiento que se asoma y con las voces que llaman a la irrupción de una nueva inocencia!

El cretinismo de los hombrecillos en el poder es, a pesar de sus esfuerzos, menos contagioso que la inteligencia sensible de algunos marginales.

La subjetividad radical pondrá fin al proceso de reificación. Rechazamos ser transformados en cosa, en número, en valor de cambio, en categoría estadística. Caminamos hacia una perspectiva de sí y del otro que establece la primacía absoluta del sujeto sobre el objeto. Semejante opción no obedece a un imperativo categórico, no responde a un deber ético; anuncia la práctica de un estilo de vida del que nuestras escasas alegrías de vivir nos dan una idea. Me limito a celebrar la ayuda mutua, por fin redescubierta. Imagino con júbilo el beneficioso tornado de lo vivo precipitándose sobre el imperio del cálculo egoísta.

Al anteponer el valor de cambio al valor de uso, el reino de la mercancía nos ha acostumbrado a entrar en un mundo al revés, en una vida a contrapelo. La religión y la filosofía no tienen más reflexión que llevarse a la boca una realidad remendada, miserablemente deformada, patas arriba. Durante siglos, el espíritu se ha deslomado predicando la sabiduría y el equilibrio al pobre *Homo sapiens*, que no para de caer y dar vueltas en el vacío.

La creencia en una vida póstuma proporcionó por mucho tiempo a los condenados de la tierra el consuelo de dejar su valle de lágrimas por un más allá donde sus recurrentes sueños accederían a una realidad virtual. Al menos era la garantía que proporcionaba el precio de una obediencia absoluta a la Iglesia y una fe sin fisuras en sus fábulas divinas.

Hoy ya no hay fe, ni caridad, ni esperanza, ni ilusión. Por lo demás, ya no hay pensamiento. El futuro es un pasado renovado bajo la grotesca denominación de *transhumanismo*. El presente reza esperando lo peor, lo que equivale a rezar por lo peor. Ya nada encubre la espantosa fetidez del mundo al revés.

Bienvenido a la neolengua. Lo absurdo se embucha y vomita. Una subida excrementicia desborda las letrinas de la normalidad. La purulencia de la mentira borra la mentira misma. La neolengua abre el acceso al universo transhumanista que programa nuestro futuro. Una clave de escucha, de lectura, de aprendizaje, le lavará el cerebro, librándole de las escorias emocionales. Para consolarse de sus carencias mentales, le bastará con generalizar algunos estereotipos martilleados por la información oficial. La obligación de vacunarse ofrece un abanico ejemplar:

La esclavitud es la libertad. La ignorancia es el saber. Las peores decisiones son las mejores. La avaricia es señal de generosidad. La corrupción es pureza intencional. El puritanismo y la prohibición de tocarse son los garantes de nuestra salvación. En cuanto a la enfermedad, obedece al principio —previamente despojado de su humor— *todo hombre en buena salud es un enfermo que se ignora* (énfasis del autor).

Lógica de muerte y dialéctica de vida. Para quien está acostumbrado a identificar la normalidad con la realidad invertida, no hay nada ilógico en arruinar al sector hospitalario y homenajear al personal sanitario. Velar por la salud de los ciudadanos no es incompatible con la obligación de pasar por los *lobbys* farmacéuticos, más motivados por sus intereses financieros que por el estado de sus cobayas.

Repitémoslo insistentemente: no hay remedios de masa, ni tratamiento que se aplique uniformemente a individuos como si fueran intercambiables, como si su existencia estadística los vaciara de su existencia carnal.

Quando lo “securitario” sustituye a lo sanitario es un crimen deliberado. Sabemos que cada persona es propensa a reacciones psicosomáticas que difieren entre sí. Solo una relación de confianza entre el médico y su paciente posibilita este tipo de organización íntima en que el médico se hace cargo del paciente tratándolo con conocimiento de causa.

En dicha relación se inscribieron y mostraron su eficacia las viejas vacunas contra la tuberculosis, el tétano o la poliomielitis. El Estado, en su servil obediencia a las mafias farmacéuticas, ha puesto fin al “*medicus curat natura sanat*” que tejía, entre sanado y sanador, una solidaridad propicia a la curación. Mal remunerada, una parte del cuerpo médico ha cedido al chantaje financiero del mercado sanitario, dando a un humorista la oportunidad de mofarse de quienes prefieren, al juramento de Hipócrates, el juramento de hipócrita.

¿Qué medidas de interés público podrían decretar juiciosamente los gestores de la miseria rentabilizada? Vean con qué celo publicitario escenifican la presunta lealtad universal a sus caprichos —con máscaras, sin máscaras, confinados, no confinados, con peligro en los bares y restaurantes, sin peligro en los trenes, autobuses y metros. Dicen y se desdicen sin escrúpulos, sin tan siquiera disimular bajo una apariencia humana sus mecánicas trápalas. Estamos ante una inhumanidad sin subterfugios, ante una glaciación burocrática en estado bruto.

Quando la muerte, patrocinada por lo absurdo, alcanza un ridículo tal, podemos preguntarnos si no hay que reírse; reírse con esa risa de vida de la que el humano obtiene su apacible potencia.

Llevar a cabo medidas de prevención y lucha contra las pandemias presentes y por venir implica priorizar la ayuda mutua, una generosidad que refuerza la salud e inmuniza contra las enfermedades con que un entorno mórbido nos acosa.

Nuestra autodefensa sanitaria tiene sobradas razones para ignorar las razones de Estado. ¿Acaso no tenemos derecho de estimar nulos y sin efecto los decretos dictados por el afán de propagar el pavor ciudadano, de confinar a cada persona a su nicho, donde el enojo se convertirá en instrumento de delación?

Cualquier relación con el Estado es tóxica.



El miedo. Ilustración: Garance Tefnin.

La perspectiva de vida es la creación de sí y del mundo

Ayer instrumento de la clase dominante, el Estado ya no es hoy más que un engranaje de la máquina de producir ganancia. Difunde los intereses privados que rentabilizan la destrucción del planeta. Bajo sus apariencias y realidades democráticas o tiránicas, se mantiene esencialmente como violencia hacia el ser humano, nacido libre por naturaleza.

Si los derechos del hombre se burlan por doquier, si son la antorcha de una esperanza que la mínima opresión apaga, es que este *Hombre*, cuya libertad supuestamente procede de la gracia divina, es un fantasma, una abstracción y no un ser humano, una emanación de lo vivo, una inteligencia sensible.

Los insurgentes internacionales que vienen a nuestro encuentro armados con su vivacidad festiva sientan las bases de una internacional del género humano a la vez informal y autoorganizada. Recuerdan, al repudiar la militancia sacrificial y victimaria, dónde está la verdadera lucha. Son guerrilleros pacíficos que hacen caso omiso de las facciones que la estrategia del caos y del chivo expiatorio levantan los unos contra los otros. Librémonos del maniqueísmo, del pensamiento binario que, al desviarnos de las verdaderas luchas, conduce a la emancipación a un callejón sin salida.

La libertad de vivir suprime las libertades de la economía. El ser humano solo tiene derechos. Todo lo puede porque nada debe. Basta con que la voluntad de autonomía individual repudie el individualismo y su cálculo egoísta para que cada persona haga su vida como le parezca. No

tiene que rendir cuentas a nadie ya que, al ponerle fin a la alienación gregaria, la ayuda mutua no se cobra ninguna contrapartida. La ayuda mutua no es un deber, es la manifestación espontánea de lo vivo.

No pretendo decir que el individuo en busca de autonomía dispone espontáneamente de la facultad de influenciar su vida y la de su entorno. Solo afirmo que abandonarse *al placer de desear sin fin* tiene más alicientes que la angosta existencia a que se reduce la sobrevivencia.

La apacible exuberancia de los zapatistas y los chalecos amarillos ofrece, sin duda, por primera vez en la historia, el ejemplo de una insurrección que sigue sonriendo mientras avanza de frente —a través de la sangre, el ruido, el furor y el horror del viejo mundo—.

Sean cuales sean nuestras dudas, desesperos y desencantos, los gritos de la inocencia insurrecta provienen de todas partes: “¡Nunca renuncies!”, “Sacrificar nuestra vida es correr hacia una muerte prematura”.

Asegurar la preeminencia de la ayuda mutua. ¿No es una audacia al alcance de todos hacer de nuestro presente el eterno *Mediodía* de la vida? Pero esta fórmula solo tiene sentido si la trae una ola de solidaridad cuya realidad reparada no deje filtrarse más la espuma.

La ayuda mutua es una marejada; ignora la obligación. La atracción pasional es el secreto de su irresistible expansión. Sin embargo, como cualquier manifestación de vida, es propensa a invertirse y es rápida convirtiendo en celebración de la muerte una vitalidad descuidada, languidecida en el aburrimiento, y de repente se enfurece por ese vacío que colma a la manera hitlerlo-estaliniana.

Garantizar los derechos del ser humano. Donde el pájaro de Minerva ya no levanta su vuelo, las grandes alas de la muerte hacen de cada día una noche.

De ahí el interés en redactar colectivamente una “Constitución de los derechos del ser humano” que nos inscriba en una perspectiva de vida que nuestra historia inhumana no ha dejado de invertir.

Donde empiezan nuestros derechos acaba la depredación. Desde la primera elaboración de estos derechos del ser humano, los colectivos locales y regionales encargados de su redacción tendrían la sensatez de no ceder a los buenos espíritus del humanismo, cuyas amonestaciones éticas resuenan desde hace siglos en los tambores de la filantropía caritativa.

Crítica a la ideología humanista. Evocar los orígenes y la función del humanismo nos recuerda que lo que se tiene en cuenta no es el ser humano en busca de más humanidad, sino el *Homo economicus*, el hombre convertido en instrumento de una economía que lo objetiviza. Aunque incontenibles impulsos vitales pongan constantemente en entredicho *su* estatus de mercancía, la tendencial reducción a objeto mercantil se basa en el valor de uso del hombre y la mujer economizados para justificar su valor de cambio. De este modo, la utilidad de un par de zapatos me convence de abonar su precio de compra.

La compasión, la atención, el interés por lo que subsiste de humano en el individuo y en la sociedad atañen al valor de uso. Fue un gran paso del progreso humano —puede que el único— la decisión de dejar de ejecutar a los presos amontonados durante los conflictos, levantando los unos contra los otros los primeros pueblos fortificados, luego

las ciudades-Estado y las naciones que les siguieron. Los vencidos pagaron con la muerte el precio de su derrota hasta que la razón del lucro valorizó lo juicioso que resultaba ahorrarles a los enemigos desarmados la ejecución ritual, tan contraria al espíritu racional del libre cambio. Concederles una sobrevivencia inesperada los hacía deudores de un déficit inmemorial, ya que este solo lo saldarían haciéndose esclavos, hasta los límites de la explotación, de amos a los que debían celebrarles su avaricia compasiva. Este es el origen de la servidumbre voluntaria.

El opresor contribuye a la felicidad de los desdichados canjeando su muerte brutal por este aparente contrato de vida que es la sobrevivencia. La impostura humanista se perpetuará mientras no desenmarañemos la parte de auténtica humanidad de los viejos trapos bajo los que se esconde su función mercantil.

Solo —llevada de lo local a lo global— la experiencia de *vivir juntos* puede presidir el surgimiento de un estilo de vida. Desterrar los reflejos depredadores privilegiando la ayuda mutua contribuye a una poesía práctica en la que el cambio radical de nuestras mentalidades y costumbres volverá obsoleta la seca enumeración de los derechos humanos, que se darán por sentados.

Lo que está en marcha es una insurrección de corazones. Si considera que la afirmación “la vida se da por sentada” se dice rápido y de cualquier manera, pregúntese por qué al disfrutar esa felicidad que tan a pecho se toma, siente el deseo de afinarla luchando por la felicidad de toda la humanidad. Pregúntese por qué la felicidad egoísta es inestable y enfermiza.

El reino de las separaciones y la poesía del desbordamiento.

No hemos conocido más derechos que el *tener*. Reivindicar los derechos del *ser* implica restablecer en nosotros la unidad inicial que la instauración de una civilización basada en la apropiación, el poder jerárquico y las libertades del comercio, han quebrado.

La explotación conjunta de la naturaleza y del hombre ha inaugurado el reino de las separaciones. Las estructuras dualistas se propagan por todas partes. El bien y el mal, la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, les ofrecen un modelo arquetípico ideal.

La economía de apropiación y su división social en amos y esclavos provocan en el *Homo sapiens* una escisión donde la mente tiene por función dominar al cuerpo carnal. La existencia sufre entonces una verdadera mutilación que mancha de sangre y sanies el pensamiento fragmentario en busca de su unidad perdida (la lógica binaria de Aristóteles tratará de ordenarla encerrándola en el cerco de la A y la no-A).

Hegel anuncia el fin de las dualidades dominantes cuando la lucha de clases, destapada bajo la Primera República, inscribe en la realidad de la historia un proceso de desbordamiento, donde el antagonismo del amo y del esclavo es disuelto en una sociedad sin clases. La emergencia de una tercera vía, que el oído de Marx percibió finamente, prefigura la preeminencia del tres sobre el dos; presten atención: una unidad vital instaurándose más allá de la artificiosa jerarquía de la cabeza sobre el cuerpo. No hay nada metafísico en esta dialéctica de la vida cotidiana en que el regreso de la ayuda mutua alimenta el presentimiento de una inminente sociedad igualitaria.

La vida en cuanto disfrute de sí ha sido desvalorizada en beneficio de una energía vital forzada a transformarse en fuerza de trabajo. El trabajo mismo, a semejanza de la sociedad de amos y esclavos, se ha escindido en trabajo intelectual —privativo de los jefes y de la cabeza— y en trabajo manual —reservado al esclavo, al siervo, al proletario, al cuerpo social inferior y al cuerpo vital—, donde la atracción pasional y los “bajos instintos” necesitan la férula del espíritu religioso y profano para ser debidamente domados y controlados.

Los derechos humanos suponen el fin de las separaciones y la superación de las antinomias. La realización de un proyecto tal se inscribe en el proceso de alianza con la naturaleza y la mujer, que es su más sensible expresión.

La naturaleza es una potencia que nos toca redescubrir y renaturalizar. Dependemos y hacemos parte de ella. Opera en nosotros por mediación de la conciencia humana que tiene el poder de reequilibrar sus fuerzas vitales cada vez que su profusión excedentaria la empuje a destruir sus excedentes. Actúa por resonancia en nuestra salud. No tiene más metafísica que la forma desnaturalizada de la que la ha revestido su explotación mercantil. Una nueva alianza con ella la saneará de las equimosis e infecciones del capitalismo que solo veía en ella, al igual que en la mujer, un objeto de violación y contemplación.

En la guerra que las mafias de la muerte rentabilizada llevan a cabo contra nosotros, nuestras fuerzas vitales son un arma absoluta. ¿Quién se cansará primero? Hemos luchado para que nuestro cuerpo nos pertenezca, hemos empezado a liberarlo de los mecanismos que lo agarrotaban y usaban sometiéndolo al trabajo. ¿Qué autoridad científico-política

conseguirá que, vacunados o no, mujeres y hombres acepten empobrecer lo que les queda de existencia temiendo la enésima mutación del virus, la enésima vacunación, de la que ignoramos los efectos a largo plazo?

Tragedia del sufrimiento, comedia de tratamientos. Las víctimas potenciales de las epidemias presentes y por venir se sobrecogen de angustia al pensar en las variantes recurrentes. Por mucho que se hayan puesto la vacuna —cuyo efecto placebo no es despreciable—, su mirada está puesta en el contador mediático que registra en beneficio de un virus providencial los fallecidos por pesticidas, contaminación del aire, gestores del miedo, pauperización, desmantelamiento del sector hospitalario, trastornos de las relaciones afectivas, regreso al puritanismo, a la agresividad, a los ataques de locura, al racismo multicolor, a la misoginia, a las ratas genéticamente mejoradas del transhumanismo.

La siniestra comedia del coronavirus transcurre, bajo nuestra mirada, en un trasfondo de tragedia. Esta tragedia, que debe su nombre a la matanza de un chivo, guarda la marca de un sufrimiento inicial, infligido por la perversidad de un sistema que convierte al Hombre en esclavo de lo que produce.

Dotado de una inteligencia apta para humanizar su animalidad y reinventar el mundo, el *Homo sapiens* no le ha encontrado más uso que el perfeccionamiento de lo que constituye el genio específico de los animales: el arte de adaptarse a las condiciones dominantes. La conquista de la libertad ha dado paso a la conquista de la alienación. Su abstracción salta hoy en pedazos y nos confronta al sufri-

miento del animal que habita en nosotros, el sufrimiento de la no-superación.

La comedia, ella participa más bien del drama burgués. Aun cuando la financiación y la mejoría de los servicios sanitarios habrían estado en condiciones de hacer frente a una epidemia que mata principalmente a pacientes con mala salud, asistimos al saqueo de los hospitales y de la medicina, que se debe al mercado de los intereses privados y a una política de rentabilidad mórbida. Por no hablar de los venenos en los alimentos, de la contaminación del aire y del agua, de la pauperización, de la usura en el trabajo, del tedio de la existencia.

Para disimular las malversaciones sanitarias y sus carencias criminales, los gobiernos propagan el pánico que identifica al coronavirus con una fatalidad. El oscurantismo religioso del pasado habría invocado el castigo divino, mandando a algunas víctimas expiatorias a la hoguera. A falta de medios, el oscurantismo laico se ve limitado a predicar la autoflagelación masiva.

Desesperar la desesperación. El exceso de ganancias esteriliza el suelo que la produce. El capitalismo acaba escenificando su propia muerte y la concibe como su último precio de salida.

No hay más que una respuesta a un Estado cuyo ridículo arranca ojos y mata, es la alegría de la desobediencia derramándose como arena en los engranajes que fabrican lo inhumano.

Ir más allá de las prohibiciones, del puritanismo, de la culpabilidad —que tantas trabas ponen a los placeres de vivir— renueva la inocencia original de la infancia. Ana-

lizándolo de cerca, este enfoque no solo es una bofetada a la incontinente senilidad de las élites autoproclamadas, sino que invita a desbaratar las trampas del pasado que nos fijan en un presente sin salida.

¡Cuando los vivos del mundo vienen a nuestro encuentro, a lo que nos están invitando es a un encuentro con nosotros mismos! Nada mejor para fortalecer el impulso de vida que solo pide brillar en nosotros y a nuestro alrededor. Ser conscientes y despreocuparnos del peligro le retira al enemigo sus más temibles armas, las que le proporcionan el miedo y la resignación de los explotados.

Nuestra existencia, a cada instante fragilizada y revitalizada, necesita superar los contrarios antes de que se vuelvan una contrariedad. La conciencia de lo vivido enseña la dialéctica sin necesidad de leer a Hegel.



Comando Palomitas en Europa. Ilustración: Beatriz Aurora.

Restaurar nuestra unidad perdida es lograr la superación de lo que nos separa de nosotros mismos y del mundo

No conseguiremos deshacernos del viejo mundo sin construir uno nuevo. La aparición y multiplicación de Zonas a Defender (ZAD) revela tanto la voluntad de reapropiarnos de un territorio del que el imperio de la ganancia amenaza con desalojarnos, como de la experiencia colectiva de una sociedad sin amos ni esclavos, donde vivir juntos se basa en la ayuda mutua y el rechazo a todas las formas de poder y avaricia.

Ahí se esbozará la verdadera aventura a la que aspira toda existencia: la reconciliación de cada persona consigo misma y con su entorno. En el corazón de las insurrecciones que fisuran la ciudadela real y fantasmal del capitalismo mundial, hay una búsqueda serena y desenfadada de un estilo de vida. Esta poesía nos sugiere redactar desde ahora una “Constitución de los derechos del ser humano” que derogue la estafa estatal del contrato social.

La mayoría de los derechos del ser humano surgieron de la superación de los antagonismos. Los conflictos del por y del contra bloquean y paralizan el florecimiento del progreso humano. No sin razón la *palabrería* intenta apaciguarlos dejando que la vida haga oír su voz.

Redactar esta “Constitución de los derechos del ser humano” cobrará tal importancia que la olvidaremos viéndola.

Superación de lo intelectual y lo manual. Aún ayer celebrado como el digno heredero del Renacimiento y de la

Ilustración, el intelectual ha caído, en unos años, en un estado de degradación y envilecimiento tales que su estatus de pensador es objeto de críticas cada vez más radicales. El desprecio con que lo anegaron Hitler, Stalin, Mao o Polpot jugó a su favor hasta que dio muestras ante los chalecos amarillos y otros “gritones incultos, indignos del nombre proletario”, del mismo declive arrogante que el adinerado frente a un revoltijo de piojosos.

Aquí, como en todas partes, se trata de regresar a la base. Intelectuales somos todos, tal y como somos manuales. Así lo ha querido la división del trabajo, así lo ha querido una sociedad en que el amo gobierna al esclavo de la misma forma en que el espíritu reina sobre la materia, el cielo sobre la tierra y la cabeza sobre el cuerpo.

En una sociedad donde la depredación, la apropiación y el poder imponen su norma, era lógico que la razón del más fuerte y del más astuto acordase la primacía a la intelectualidad e hiciese del intelectual el amo de los pensamientos, aunque fuesen subversivos. Si bien en un reducido número de pensadores la inteligencia del cuerpo trastocó el reino espiritual de la inteligencia intelectual, esta mantuvo su porte hasta que el derrumbe gradual de la pirámide jerárquica la redujo a la carencia mental de la que un tal Trump, elegido presidente de Estados Unidos, iba a convertirse en emblema.

Quienquiera que se jacte de ser un intelectual no es otra cosa que el producto del poder opresivo que lo reproduce ejerciéndolo sobre los demás.

La poesía práctica y sus insurrecciones creativas superarán las dos funciones que llevan la innoble marca del

trabajo: la intelectual y la manual. Su relación jerárquica es el legado que, de generación en generación, transmite como un estigma el malestar de la civilización mercantil.

Restaurar la unidad entre la energía material y la materia energética que constituían nuestra existencia. En la civilización preagraria, la existencia de los individuos evolucionaba en simbiosis con la naturaleza. La explotación lucrativa de los recursos terrestres ha roto, separado de lo vivo, desnaturalizado, el comportamiento de hombres y mujeres que, durante treinta mil años, obtuvieron su subsistencia y modo de vida de la recolección.

La energía vital y la energía mental formaban una unidad corpórea de la que emanaba una conciencia reflexiva y operativa, una conciencia ofrecida a la especie humana por el capricho experimental de una fuerza ciega. Ahí residía nuestro genio. Apenas lo hemos utilizado para mejorar nuestra suerte, hasta el presente reciente en que nuestra transformación acelerada en objetos —la reificación— la amenaza de extinción.

Seguir el rumbo de la humanización de nuestra especie da sentido a nuestro destino. No estamos lo suficientemente atentos a lo maravilloso de la infancia que renace cada vez que el fénix de una insurrección mundial resurge de sus cenizas.

La alegría de vivir ignora soberanamente la jerarquía, el poder, la economía, la ambición, la competencia. Ya sabíamos que estaba más allá del bien y del mal. Su experiencia enseña que tiene la común y excepcional facultad de superar las separaciones que fijan en inextricables contrariedades los pensamientos y comportamientos que nos habitan y cuya costumbre es salir siempre en compañía

de su contrario. El juego de la vida consiste en pasar de la cerca del dos a la apertura del tres.

Superación del feminismo y del virilismo. Expresión del poder del hombre, el patriarcado sufre de lleno el hundimiento de la pirámide jerárquica, el derrumbe de la autoridad de la que el padre de familia era depositario. Con el ánimo de aplastar los últimos sobresaltos de la tiranía masculina, un feminismo militante ha edificado su ciudad en un terreno ocupado por la misoginia del macho desesperado, que busca combatir. Pero el espíritu de desahogo vengativo del que da muestras evoca una guerra de sexos cuyo objetivo tácito o manifiesto sería que un matriarcado sucediera a la tiranía patriarcal dominante por demasiado tiempo.

En este caso, la pregunta que desborda al feminismo es esta: ¿qué ser libre desea que un poder sea reemplazado por otro?

El feminismo es una ideología. La mujer renuncia con ello a la emancipación que el hombre reivindica no como macho, sino como ser humano. La barbarie —cínica o solapada— de una mujer de negocios, asesina, militar o burócrata, no me repugna menos que en el hombre que asume funciones similares.

La emancipación del hombre y la mujer es inseparable de una alianza con un entorno natural liberado de la explotación que lo contamina y devasta. Estamos en el corazón de todas las libertades y este corazón nos será arrancado mientras no pongamos en la lucha toda la potencia de nuestras fuerzas vitales.

Es de lo que poco a poco van tomando conciencia las insurrecciones episódicas que incendian el viejo mundo.

Esta primavera de la vida obtiene su floración inicial de la libertad de amar en que se inician —gracias a la intercesión de las mujeres— millones de criaturas atontadas por los sermones del evangelismo religioso y laico cuya peste propagaba el dogma de la *antiphysis* y las asquerosas virtudes de la antinaturalidad.

Mientras no respondan a la depredación, la violencia, la violación y la subordinación, el amor fusional, el mariposeo libertino, la heterosexualidad, la homosexualidad y la gama pletórica de fantasías eróticas forman parte de nuestro patrimonio inamovible: *las libertades del deseo*. Entonces, lo que hay de masculino en la mujer y de femenino en el hombre permite escoger entre las variaciones cuyas modulaciones no tienen límites ni necesidad alguna de encasillarse en los cajones categóricos del “género”.

La superación del tiempo de trabajo y del tiempo de reposo inaugura una temporalidad nueva, destinada a la creación, al deseo, al disfrute. El trabajo ha fragmentado el tiempo en zonas de actividad diurnas y de reposo nocturno, desnaturalizando de este modo el ritmo natural del día y de la noche. El tiempo ritmado por la eficiencia laboriosa es el de la usura, la fatiga, el declive, la muerte erigida en divinidad libertadora. Es el tiempo de la sobrevivencia, un tiempo lineal de angustiante recorrido laberíntico, ya que no tiene más salida que la de acabar devorado por el minotauro y sus émulos. Más allá se perfila una era de creación que ignora la contabilidad de las duraciones. Con ello, la oposición entre la juventud y la vejez pierde su sentido y pertinencia.

El disfrute del presente se desposa con el pasado para corregirlo y con el futuro para heredarlo. Rompe con el

efecto de modernización que solicita la renovación permanente del espectáculo.

La moda se desvaloriza a fuerza de saldar lo antiguo bajo una etiqueta apresuradamente refrescada. Nos ponemos a soñar con la alegre hoguera de las vanidades en que se celebraría el fin de los teléfonos móviles, aun sabiendo que semejante eventualidad solo se tendrá en cuenta una vez redescubierto el placer de encontrarnos, una vez revocado el espíritu mercantil donde lo humano se pierde en miedos técnicos que lo parasitan y le quitan su sustancia.

Ahora bien, mientras el tiempo mercede valorizando la apariencia prestigiosa a expensas de lo útil, vemos rehabilitarse entre el pueblo antiguas técnicas artesanales. Se aplican para arreglar a bajo costo los productos decretados obsoletos, a los que el programa transhumanista sustituirá por productos fácilmente accesibles al espionaje de datos personales.

No hay nada revolucionario en este reajuste de la mercancía convertida en valor de uso exageradamente aminorado en beneficio del valor de cambio. Salvo que, habiendo propagado el culto del valor de cambio y del trabajo parasitario que lo produce, el agiotaje capitalista arrastra una pauperización creciente poco inclinada a pagar por una *nadería* de moda, e incluso a pagar por cualquier cosa. Así que lo que corre el riesgo de ser puesto en entredicho es el escaso uso vital de numerosos bienes promocionados en el mercado. Es un uso pésimo de un cotidiano manchado por la embaucadora tiranía del Estado.

Superación de la sobrevivencia y de la muerte desnaturalizada que produce. Rara vez nos confrontamos con una muerte natural, es decir, una vida tan plenamente vivida

que acaba por desear el reposo eterno —paradoja de un tiempo donde la eternidad ya no tiene sentido—.

La vida economizada —la sobrevivencia o la supervivencia, como dice el indio Seattle— nos ha conducido a nuestra desgracia desde la instauración de la civilización mercantil. La sobrevivencia es una muerte aplazada, una agonía a la que el destino humano se acomoda tanto más que las técnicas de modificación biológica quieren prolongar su duración.

Si bien es cierto que en sus perpetuos ensayos la vida corrige su profusión excesiva destruyendo sus excedentes, al azar de sus tiradas de dados accidentalmente ha legado al *Homo sapiens* —que también corre el riesgo de pasar a la historia si no tiene cuidado— el privilegio de ordenar el desorden evitando los reajustes con base en hambrunas, pandemias, misiles, machetes o guadañas.

Nunca elegir vivir, sobrevivir o perecer, había sido tan drásticamente puesto en nuestras manos.

No desafiamos a la muerte, solo queremos renaturalizarla, insertarla en nuestra voluntad de vivir en calidad de recurso cómplice del suicidio. Pero un suicidio exento de esa urgencia intratable a la que nos empujan el malestar y la melancolía.

Me permitirá, supongo, dejar la vida el día en que las ganas me dejen por no disfrutarla más.

La única violencia a la que nos entregamos de buen grado es la de lo vivo. La explosión y propagación de la vida en el universo y en la Tierra es un fenómeno de considerable brutalidad. La intrusión de un germen, proveniente del cosmos y ajeno al entorno planetario que insemna, no deja de evocar la bestialidad resurgente que presiden tanto

el apareamiento amoroso como la expulsión del niño del vientre de la mujer.

Nuestro propio impulso vital debe dar muestra de una innegable violencia para abrirse camino en medio de la conjuración de odio y miedo que desde hace milenios atosiga a la naturaleza y a la mujer.

Privilegiada por la expansión del *tener* a expensas del *ser*, la perspectiva de muerte es un *laissez-faire*, un pasaporte para la servidumbre voluntaria en que el ser se enorgullece de la degradación a la que la desnaturalización lo reduce.

Por el contrario, vivir emana de una voluntad espontánea sin cesar reactivada. Si no se alimenta la atracción pasional, se marchita y convierte en su contrario. Morir es una facilidad ofrecida, desde la más tierna edad, a quienes sacrifican su existencia al trabajo.



Los depredadores. Ilustración: Garance Tefnin.

¡Desobediencia civil!

La violencia de la vida nada tiene en común con la violencia de la muerte. A la vida le trae sin cuidado responder a la barbarie que la oprime.

Vivir humanamente es una experiencia a la vez atemporal e, históricamente hablando, radicalmente nueva. Basta apegarse a ella y seguirla para que cualquier obstáculo caprichoso contra su libertad choque con su sobreseimiento. Así, estamos en lo cierto al hacer caso omiso de cualquier decreto liberticida.

La desobediencia civil es uno de los efluvios poéticos de este sobreseimiento. No tolera ninguna forma de depredación, ninguna forma de poder. Es el no-actuar que se afirma resplandeciendo, es el impulso vital que va un paso adelante y que, eslabón tras eslabón, quiebra, como por descuido, la totalidad de sus cadenas.

La guerra civil es un juego de muerte donde todas y todos se enfrentan, la desobediencia civil es el juego de la vida solidaria donde las pasiones se viven afinándose.

Hagámonos a cada instante la pregunta: ¿a quién beneficia esto?

La estrategia de confusión es inherente a los gobiernos y potencias financieras mundiales. El “arte de la comunicación” sirve para desacreditar las revueltas de la libertad ofendida. De esta manera, se equiparó el movimiento de los chalecos amarillos con un populismo en que conspiraban fascistas, antisemitas, homófobos, misóginos y lunáticos. Estas grotescas calumnias, no fue necesario denunciarlas. Fueron ignoradas con asombrosa desenvoltura por la tranquila determinación de los manifestantes de otorgar

prioridad absoluta a las aspiraciones humanas. Sorprendentemente, la oposición de izquierda, incluso la más izquierdista y libertaria, mostró una reticencia despectiva para con los chalecos amarillos, bastante cercana a la arrogancia oligárquica. Cuando los burócratas políticos y sindicales se percataron de su metedura de pata y ambicionaron unirse al movimiento de las rotondas, se vieron apartados por la firme y saludable decisión de no tolerar ni jefes ni guías autoproclamados.

La epidemia llegó en el momento perfecto para devolver al Poder vacilante un poco de su autoridad represiva.

En efecto, el coronavirus y sus constantes mutaciones representan un peligro incuestionable. Pero donde las medidas favorables para la salud hubieran mitigado su impacto, hemos asistido a una gestión catastrófica del caos. El despilfarro hospitalario, las mentiras en cascada, las marchas y contramarchas, y la prevaricación de los entornos científicos han agravado el peligro. Aún más tóxico ha sido y sigue siendo el pánico orquestado por los medios de comunicación, chupamedias de los intereses privados. La tajada fue hermosa para los grandes laboratorios farmacéuticos, cuyos accionistas se enriquecen cada vez que los ciudadanos-cobayas pagan la renovación de las vacunas.

Tres años de chalecos soleados en todas las estaciones han afianzado la resistencia a una barbarie que no les ha perdonado. Hay sobrados motivos para que los fantoches estatales, los últimos politiqueros y los vendedores de pesticidas sin ton ni son se inquieten e irriten.

No bastando con la brutalidad, la vieja práctica del chivo expiatorio se ha impuesto. Experta en el tema, la extrema derecha ha elegido morder a los migrantes con su único y

endeblediente. Con los chalecos amarillos y sus émulos, los gestores de la corrupción nacional y mundial encaran un proyecto de gran envergadura.

En 2018, el gobierno francés hizo el ridículo al tratar al pueblo de las rotondas de paletos incultos e irresponsables. No sorprende que la moda del coronavirus le dé la oportunidad de retomar la ofensiva con más pertinencia.

En cuanto a los residuos de quienes arruinaron el movimiento obrero, cuyo electoralismo hizo surgir de su caja de Pandora a un fascismo de pacotilla, tienen una venganza pendiente con este pueblo al que solo reconocen que rechaza reconocerlos. Avalan la grosera maniobra de culpabilización por la que los responsables de la devastación sanitaria imputan la prórroga de la epidemia a insurrectos, culpables de haber entendido que la obligación de vacunarse permitía augurar un control social al estilo chino.

En vez de denunciar a los instigadores de la morbilidad generalizada, una facción de intelectuales, retrobolcheviques y supuestos libertarios ha adoptado la neolengua orwelliana que se ha vuelto el modo de comunicación habitual de las instancias gubernamentales. Niegan al pueblo el derecho de elegir o no las vacunas en proceso de experimentación. Aportan un inaudito sostén al Estado calificando de individualistas a los chalecos amarillos en lucha por el derecho a vivir y la libertad que ello implica. Ahora bien, hace tres años que las y los insurgentes de la vida cotidiana ya no tienen que demostrar que son individuos autónomos que reflexionan por sí mismos y no individualistas a quienes el pensamiento gregario inspira declaraciones del tipo: “si todo el mundo se vacunara no tendríamos necesidad de pasaporte sanitario”.

Ni miedo ni culpa. Lo vivo eclipsará este mundo al revés y a sus cómplices. Aunque la lucha por la alegría de vivir sufre miles de contratiempos, ¿por qué inquietarse? El fulgor que se apacigua se reavivará inadvertidamente al mínimo aliento de vida.

El regreso a la base excluye los falsos debates. Solo la salud del Hombre abstracto acepta ser tratada por estadísticas y decretos.

Vacunarse o no contra el virus es una decisión que incumbe a la libre elección. No se la impongo a nadie —ya sea anciano o vulnerable—, y lucharé para que nadie me la imponga.

El individuo autónomo recibe su fuerza de sí mismo y de la solidaridad de sus semejantes. El individualista es un incondicional del cálculo egoísta, un depredador vulgar, un puro producto del capitalismo.

Abandonando la palestra de las luchas facticias, los pueblos han aprendido en el sufrimiento que solo los comerciantes de armas ganan en una guerra. Nuestra lucha no es competitiva, se resume en vivir según nuestros deseos, reivindicando para todos y todas un derecho idéntico a la felicidad.

La alegría de vivir es una inclinación natural. Para su soberanía, la naturaleza deberá ser liberada del hombre depredador. Solo la libertad absoluta aniquilará el absolutismo que nos mata.

A pesar de lo que dicen algunos,
en todos los seres vivos,
existe un verdadero apoyo mutuo.

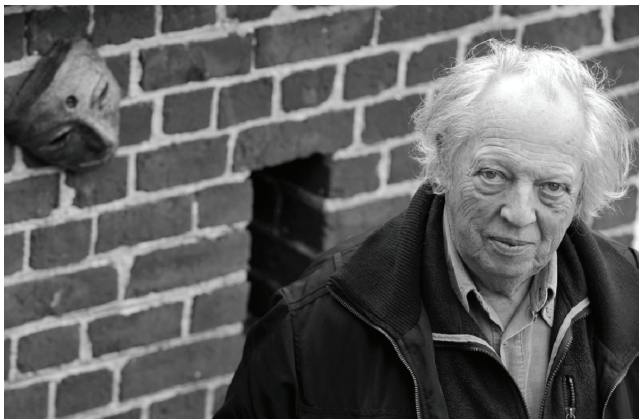
Como lo constatamos a
diario, los peores depredadores
son nuestros gobernantes.

Ya basta de jefes!



Quienes nos gobiernan. Ilustración: Garance Tefnin.

Acerca del autor



Raoul Vaneigem

Escritor, filósofo y revolucionario belga. Estudió filología romana en la Universidad Libre de Bruselas, para luego ejercer como profesor de literatura. Participó activamente en la Internacional Situacionista de 1961 a 1970. Conocido por su libro *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones* (1967) y muchos libros posteriores. Su pensamiento ha tratado de romper los moldes de la izquierda proletaria y apuesta por una cooperación social sustentada en la autonomía y en la autogestión generalizada.

Acerca de la colección

La Colección *Al Faro Zapatista* es un homenaje a las mujeres, niñas(os), ancianas(os), otroas y hombres zapatistas en sus más de 500 años de resistencia y sus casi 28 años de vida pública rebelde. La iniciativa busca acuerpar la Travesía por la Vida. Lo hacemos desde lo que somos: trabajadorxs de las ciencias sociales, activadas activistas.

Lo hacemos porque el zapatismo ha sido el faro para muchas de nosotras y otrxs habitantes del planeta Tierra.

El faro en medio de La Tormenta provocada por lo que en 2017 las mujeres zapatistas nombraron como el “sistema capitalista machista y patriarcal”, alimentada por el racismo y la “cisheteronormatividad”, como le llaman las diversidades sexuales en movimiento y re-existencia.

Comité Editorial y Organizador

Xochitl Leyva Solano

Lola Cubells Aguilar

Inés Durán

Rosalba Icaza

Sofía Carballo

Jorge Alonso

John Holloway

Arturo Anguiano

Patricia Viera

Julio Diez

Planeta Tierra, 2021

Nada resiste a la alegría de vivir.
Libre discurso sobre la libertad soberana
se terminó de digitalizar en
Tipobyte estudio editorial, en la
ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México,
el 1 de enero de 2022.

COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

Durante siglos, el *memento mori* ha rondado los debates públicos y privados. Hombres y mujeres sobrevivían, lúgubres, rabiosos, confinados en las antecámaras de la muerte. La Revolución francesa les enseñó que otro mundo era posible. Desde entonces, sabemos que el vasto campo de los deseos del corazón se ha abierto ante nosotros. El sueño de una vida verdadera ha empezado a descubrir territorios en ciernes. La poesía hecha por todos y todas es un camino que se abre en presente.

En cambio, al mismo tiempo que la voluntad de emancipación prospera, los sobresaltos rabiosos del conservadurismo —derecha e izquierda confundidas— nos golpean de lleno. Nos toca comprender hasta qué punto nos falta audacia para anteponer nuestros deseos a la dictadura del poder y la ganancia. ¿Tendremos que morir de no vivir para darnos cuenta de que los que gestionan nuestras existencias las canceran?

ISBN 978-607-8800-36-0

